

Sobre las huellas de Guessfeldt al Aconcagua

Hace 140 años todavía se consideraba al Chimborazo como la montaña más alta de la Tierra. Alexander von Humboldt había hecho años antes un intento de ascensión que aproximadamente a los 5.500 m fracasó debido a la falta de experiencia en altura y a lo rudimentario del equipo de la época. Cuando en el año 1880 el afamado Edgard Whymper, el triunfador del Matterhorn, por primera vez pisó la cumbre del Chimborazo, había ya perdido hacía mucho su fama, pues él ya no era la montaña más alta de América, como temporalmente se sostuvo. Como tal fue reconocido el Aconcagua y hasta el día de hoy se mantiene a pesar de todos los intereses nacionales. Al igual que Humboldt, fue un científico alemán, el Dr. Paul Guessfeldt, quien dirigió ahora su interés al Aconcagua y quien por primera vez de forma seria se esforzó en ascenderlo. Cuando leemos hoy las impresiones de Guessfeldt, que junto a la exactitud científica evidencian una valentía inquebrantable y una masa de grandeza humana, no podemos menos que expresar nuestra admiración sin límites. Sólo se puede lamentar que esta empresa no haya alcanzado su objetivo final, que como Guessfeldt manifestó, en el último momento lo haya abandonado su buena estrella.

Quien haya recorrido por un tiempo nuestra Cordillera Central y haya subido sus montañas, será siempre y desde todas partes interrogado si es que ya estuvo en el Aconcagua y en caso de una respuesta negativa, cuando piensa hacerlo. Es de buen tono, así lo parece, entregar una primera prueba de las capacidades con la ascensión del Aconcagua. No es que esta circunstancia traiga especiales ganancias, sino que cuando uno ha estado a menudo en cumbres y lo tiene casi siempre delante de los ojos, entonces viene el momento en que uno hacia lo más alto quiere ir. Así fue que en el verano de 1952 maduró la decisión de dar el gran salto. Desde un comienzo se estableció el hecho de que no queríamos usar la ruta normal y lo que nos quedaba más a mano era volver a los planes de nuestro compatriota Guessfeldt y terminar su trabajo, pues él también había partido desde Chile. No estuvieron en último lugar consideraciones pecuniarias, pues las mulas chilenas costaban sólo una pequeña parte de lo que más allá de la frontera lo hacían, además de las molestos trámites por conseguir los papeles necesarios para esta expedición. Es necesario hacer notar que el Aconcagua, al contrario de lo que erróneamente la mayoría de las veces se cree, no está en la frontera, que generalmente corre por la línea de las más altas cumbres. El es una excepción y se encuentra unos 15 km. al este del cordón fronterizo, completamente en territorio argentino.

Al norte del Aconcagua existe un largo y extenso valle paralelo a la frontera, en el cual Guessfeldt fijó su campamento base. Este valle figura bajo diferentes nombres: en su parte más alta se lo llama Valle Penitentes o Valle Volcán, más abajo Valle Hermoso, que además incluye la misma denominación para la cuenca llamada Valle de los Patos, llamada así por la gran cantidad de patos y gansos salvajes que allá en una paradisíaca tranquilidad anidan. Para alcanzar este valle desde Chile se utiliza uno de los numerosos pasos existentes, ya sea el Contrabandistas, el Leiva, el Rubio, el Hermoso o el Hondo. Nosotros nos decidimos por el Paso Rubio debido a que no es tan alto y a que queda al final del Valle del río Colorado. El viaje comenzó en Río Colorado, un pequeño lugar junto a la carretera internacional al este de Los Andes y en la confluencia de los ríos Colorado y Aconcagua. Lo que es necesario pensar para un viaje de dos semanas en un territorio salvaje, donde ningún alma humana habita, es todo lo que es necesario comprar.

Entonces viene una impresionante cantidad de provisiones y equipo como carga para las mulas además de los caballos que las acompañan. Era una caravana sin fin que lentamente y con dificultades se puso en marcha en dirección al norte. En la tarde habíamos alcanzado el Paso de las Minas a 3.300 m, el que se debe atravesar para caer nuevamente en el valle del río Colorado, que en su recorrido más bajo es muy difícil de pasar. El tiempo podría haber sido mejor, una suave lluvia y granizo acompañó la primera noche y uno podía estar contento cuando la primera carpa fue levantada. Durante los dos días siguientes hubo pocas mejorías, con interrupciones llovió y nevó, pero la cabalgata prosiguió por Lagunitas-La Raspa-Retambo-Farellones por el valle del Colorado hacia arriba. Recién al cuarto día aclaró el tiempo, bajo un cielo azul despejado se dirigen las mulas hacia el Paso Rubio, desde donde se tenía una vista indescriptible hacia ambos países. Ahora hacia abajo por el Valle del Rubio hacia Argentina el carácter del paisaje se vuelve inmediatamente diferente. Las colinas más verdes, la vegetación llega hasta más arriba, hay vegas y flores. A la salida del valle torcimos hacia el sur pasando por la Laguna de los Patos. Pronto se encuentra la Casa de Piedra que sirve de campamento: Hay una vertiente cercana, pues el agua del río Penitentes viene turbia; vegas para los animales no faltan y así se formó el campamento base a una altura de 3.400 m.

El día siguiente sirvió para descansar y alimentarse, ya que ambos eran necesarios luego de las agotadoras jornadas de cabalgata. Entonces vienen los días de acostumbrarse al terreno, en un territorio completamente nuevo hay mucho por ver e investigar. El valle Penitentes corre en este sector exactamente en dirección norte-sur, en el extremo superior termina con el cordón Penitentes y el cerro Cuerno y desde ahí hacia arriba se ve como una advertencia la cumbre del Aconcagua, pero a unos 25 km de distancia. Con las anotaciones de Guesfeldt en la mano el terreno fue explorado y las posibilidades de ascensión evaluadas. Por todas partes se encontraban señales de su antigua presencia. Llamaba especialmente la atención que todo concordaba con sus descripciones, como si los últimos 70 años hubiesen pasado sin dejar rastros.

Tras una cuidadosa preparación llegó el gran día de la partida. Una nerviosa intranquilidad se dejó aparecer. Es el ir a lo desconocido. Por la cabeza se cruzan miles de pensamientos que se mezclan con una sensación anticipada de alegría. Finalmente son tantas las nuevas impresiones que le llegan a uno en este bello territorio que a uno le desvían el pensamiento y suficiente ocupación le entregan. Alrededor de una hora más arriba por el valle pasamos por una fuente de agua mineral, que se ve como un pequeño cono volcánico de unos 10 m, cuyo cráter posee una pequeña laguna de agua cristalina en la que se refleja la gorra de nieve del cerro Bonete que se encuentra al frente. Tras una larga cabalgata alcanzamos un acarreo que lleva hacia arriba del cordón Penitentes. Este es tan suelto que los animales no pueden más. Acá nos despedimos del arriero con el compromiso de recogerlos en cuatro noches más. Ahora debemos llevar nosotros mismos las enormes y pesadas mochilas y es así como avanzamos cargados hacia arriba. Se avanza lentamente, el acarreo resbala bajo nuestros pies, con dificultad se encuentra apoyo. Tras apenas dos horas dejamos arriba la canaleta y se abre ante nosotros una vista maravillosa: el objeto de nuestros deseos está con toda su inmensidad ante nosotros. Ahora sólo queda un ancho glaciar y 2.000 m de diferencia de altura. Recién ahora podemos cruzar el glaciar de Guesfeldt, en el que por supuesto abundan los penitentes. Ojos experimentados eligen el lugar de la travesía por donde la posibilidad de éxito sea mayor. De este modo avanzamos sin mayor problema, aunque debemos rodear algunas

grietas, que afortunadamente están visibles. Varios días estuvo nevando, mientras nosotros cabalgábamos en la lluvia en el valle del Colorado. Ahora hay mucha nieve fresca, pero a pesar de esto a la tarde ya hemos atravesado la mitad del glaciar. Nos encontramos bajo el filo que conecta al cerro Cuerno a través del Manso con el Aconcagua. En una pequeña plataforma sobre una cabeza de roca, aliviados dejamos las mochilas para armar el campamento de altura, pero ¿quién podría describir nuestra sorpresa al encontrar un pequeño muro de piedra, una llamada pirca? Se apodera de nosotros la admiración al recordar que Guessfeldt hace 70 años acampó en este lugar y no en las condiciones en que lo hacemos nosotros con una carpa y sacos de dormir de plumas, sino que apenas cubierto por un poncho y con algunas piedras de carbón para poder calentar un té. Nos quedamos mudos ante esta hazaña.

Bajo condiciones aceptables pasamos la primera noche en la montaña y con reforzado valor renovamos la lucha a la mañana siguiente. El plan original era seguir el cordón hacia el filo noroeste, pero pronto nos debemos convencer de lo irrealizable de éste. Por la parte norte, torres verticales y por el lado de Penitentes, empinadas canaletas cubiertas con hielo que con nuestras mochilas son imposibles de pasar. De esta forma debemos descender hacia el glaciar, no hay otra salida, y así toda la tarde se transforma en una batalla contra los penitentes, que se transforman en el ingrediente inesperado de nuestra expedición. Esta pérdida de tiempo imprevista no nos permite avanzar como deseábamos y debido a esto nuestro segundo campamento de altura está apenas a 5.500 m en el filo noroeste, mucho más debajo de lo que esperábamos. En la noche decidimos, a pesar de todo, hacer el ataque a la cumbre desde acá. Sabemos bien, sin embargo, que a esta altura cualquier esfuerzo mayor es un derroche inútil de las fuerzas. Por la mañana aseguramos la carpa con piedras e iniciamos el ascenso sólo con lo indispensable por el filo hacia arriba. Luego de dos horas alcanzamos la ruta normal que viene en serpentinas por el interminable acarreo desde el campamento Plaza de Mulas y poco después alcanzamos el refugio, que ahora lleva el nombre de Libertad. Protegidos en el refugio, que en realidad es una gran carpa de madera, nos permitimos un pequeño descanso. Hacia el norte vemos sobre glaciares y cadenas de penitentes abajo en el valle de Penitentes nuestro campamento base y en el horizonte asoman los gigantes de hielo de la cadena Ramada. A continuación seguimos la casi siempre bien marcada huella que sube por el filo noroeste. Luego de pasar por un rincón extremadamente ventoso alcanzamos el refugio alto, que con sus 6.700 m es el más alto del mundo y que ahora es conocido con el nombre de Independencia.

Nuevamente hacemos una larga pausa, hambre y sed han desaparecido completamente, uno sólo tiene una imperiosa necesidad de descanso. Aquí comienza la parte más difícil y agotadora del ascenso, el acarreo bajo el filo cumbre. En estricto rigor se debe luchar duramente por avanzar cada metro. La nieve recién caída dificulta el avance haciéndolo casi imposible. Tras cada pequeño esfuerzo se pierde el aliento y uno teme no poder volver a llenar con aire los pulmones. No nos quedan más reservas, sólo el saber que la cumbre está más cerca nos entrega la mágica fuerza para alcanzar nuestro objetivo.

¡Y entonces estamos ahí, donde no hay nada más alto! La vista alcanza hasta lo más lejano, más allá del horizonte material y de todos los años en que nuestros sueños nos empujaron a alcanzar esta parte de la Tierra. Y es como si un soplo nos llegara desde otra parte del mundo desde donde la satisfacción proviene. Corto es el descanso en la cumbre. Los camaradas Wolfgang Foerster y Ludwig Krahl se han preocupado de anotar nuestros

nombres en el libro de cumbre. La cercana cumbre sur nos saluda, el sol del atardecer ilumina a través de un velo de nubes, bajo el cual uno adivina la presencia del mar. El trabajo del día todavía no ha terminado, pues comienza el no menos difícil descenso al que nos apura la noche que llega. Más tropezando que caminando logramos descender lentamente. Afortunadamente siempre encontramos nuestras huellas del ascenso sobre la nieve, lo que nos da la seguridad de que vamos por el camino correcto. La temperatura durante el día fue muy fría, no la medimos, pero nos obliga a ponernos todas las prendas de ropa de que disponemos. Ahora viene un frío gélido contra el que sólo con el movimiento se puede luchar. Un cansancio como de plomo cae sobre los miembros del cuerpo. Con gusto uno se daría una pausa para descansar, pero con toda la energía que uno dispone se debe siempre volver a decir: no detenerse, no quedarse dormido, sería el final. Finalmente alcanzamos el refugio Independencia y está oscuro y tampoco hay luna, por lo que decidimos quedarnos acá. Los sacos de dormir se encuentran 1.000 m más abajo en la carpa, pero acá tenemos, por lo menos, un techo para cubrir nuestras cabezas y nos enamoramos del suelo desnudo. Lo único que hay adentro del refugio es una antigua manta que apenas alcanza para una persona. Entonces encontramos unas velas y con un poco de autoengaño nos convencemos de que calientan la habitación. No se sabe más como a continuación acabó la noche.

Con la primera luz de la mañana vuelve la vida al refugio, pero pasa un buen rato hasta que estamos en condiciones de caminar. El problema más grande es con los zapatos congelados. Con mucha paciencia y más maldiciones vuelven a entrar en ellos los pies. Finalmente podemos partir, está nublado, aquí y allá asoman de vez en cuando los débiles rayos del sol. Sopla un viento gélido que levanta la nieve. Los pequeños cristales son como miles de pequeñas agujas que se clavan en el rostro desprotegido. La tormenta se convierte en huracán, una vez logra botarme al suelo, afortunadamente en un lugar sin peligro. Desarrollamos una nueva táctica de marcha: cada vez que viene un golpe de viento nos tiramos al suelo, esperamos un momento y saltamos para seguir descendiendo. Este descenso no se va a borrar nunca de nuestra memoria. En el refugio Libertad casi no permanecemos, más abajo en el campamento nos esperaba un arduo trabajo: era prácticamente imposible en esa tormenta intentar algo en el campamento, todo se vuela. Recién mucho más abajo conseguimos llegar a un lugar protegido del viento en el glaciar, donde luego de dos días finalmente pudimos disfrutar de algo caliente. Pocas veces hemos disfrutado tanto un café caliente. Con las fuerzas renovadas continuamos descendiendo mientras la montaña se cubría de nubes. En un día como este sería imposible ascender a la cumbre. En el primer campamento alto recuperamos la cuerda y sin descansar continuamos con el descenso. Al atardecer llegamos a la entrada del valle Penitentes, que tras cuatro días de tormenta y hielo nos parece una puerta abierta al mundo de los vivos, pues sabemos que allá abajo hay gente esperando por nosotros. A continuación viene el abrupto acarreo, pero no se ve a nadie. Un suave olor a humo nos da un indicio de donde un arriero tras una roca nos espera con un té caliente. Ahora es todo alegría, todo esfuerzo tiene un final. Tras cuatro horas de cabalgata alcanzamos a medianoche el campamento base. Nuevamente alegres saludos, sobre el fuego hay una recomponedora sopa que será rápidamente tragada antes de que nos vayamos a tomar nuestro merecido descanso.

Al día siguiente cabalgamos por el valle Hermoso para conocer un poco esta parte de él, que realmente le hace honor a su nombre. Allá incluso pudimos cazar dos gansos

salvajes, pero nos parecieron demasiado magros para la olla, así que los dejamos ir, ya que volar realmente no pueden. Finalmente debíamos pensar en nuestro retorno a casa y en esta ocasión nos dirigimos al algo más alto Paso de Leiva para hacer un cambio. Al día siguiente tras el paso de Pedro y Pablo llegamos al valle de los Leones, en cuya desembocadura en el valle Riecillos nos sorprendió otra tormenta. Los relámpagos azotaban con violencia el cielo, los truenos resonaban en las paredes de roca, pero nosotros ya no nos dejábamos impresionar, ya habíamos pasado por cosas peores. Sanos y salvos alcanzamos nuestro punto de partida, río Colorado, y desde ahí emprendimos el retorno a Santiago.

El Aconcagua no es ninguna montaña especialmente difícil, sobre todo en cuanto a la parte técnica, a pesar de lo que incontables son los que han fracasado en su intento y lamentablemente ha exigido un alto número de víctimas. Son tres cosas las que para su ascensión no deben ser descuidadas: en primer lugar el candidato debe ser una persona sana y de constitución fuerte; en segundo lugar debe poseer alguna experiencia en alta montaña. El tercer punto es la suerte con el tiempo, que para conseguirlo no está en sus manos como los dos puntos anteriores.

Finalmente una palabra sobre la altura de la montaña. Fuera de los números fantásticos, de los que cualquier estudio serio prescinde, tras largos años su altura había sido aceptada en 7.035 m, por lo que constituiría el único siete mil fuera de Asia. Las últimas mediciones entregan, sin embargo, una altura de tan solo 6.960 m, con lo que faltarían unos pocos para alcanzar los 7.000. Es interesante establecer que este número casi exactamente coincide con las mediciones hechas por Guessfeldt. Pero finalmente, ¿qué son los números? ¿Qué significan un par de metros más o un par de metros menos? Uno está hoy en día demasiado acostumbrado a evaluar todo con cifras y con esto se pierde fácilmente el significado del valor ideal de las cosas. Finalmente eso es una montaña que, sea lo que sea lo que uno entienda por ella, hemos ganado desde el mejor lado, aún cuando un gran esfuerzo nos ha costado. No hay ningún esfuerzo que sea tan grande que no pueda ser superado cuando se quiere alcanzar una gran meta y así se constituye esta montaña como un recuerdo en nuestra memoria.

Tan alto como la montaña, es nuestro objetivo,
Que apenas los alcanzamos;
Es el destino del hombre
¡Nunca vamos a renunciar!

Eberhard Meier
Traducción: Alvaro Vivanco